

LA SALVACION POR LA PALABRA EN LA POESIA DE GONZALEZ-GUERRERO

José María BALCELLS
Universidad de León

El país de la nieve y *Tomaré nuevamente la palabra* no solo coinciden en su fecha de publicación, 1997, y en obvias claves distintivas de la poética de su autor, sino que parece que reflejan también, en alguna medida, un período crítico en la biografía de Antonio González-Guerrero, aquejado durante muchos meses de una extraña enfermedad que lo puso a las puertas de la muerte. Es cierto que buena parte de *El país de la nieve* estaba elaborada al sobrevenirle tan grave circunstancia, pero no lo es menos que a la obra se le añadió una segunda sección, «Cantata en re menor para una despedida», en cuyo título se alude a un adiós a la vida que, a la luz de la proverbial autenticidad de la poesía del escritor de Corullón, tiene visos de veraz, lo mismo que los indicios de despedida que rezuman los versos del autorretrato configurado en el poema «El cierzo en las vocales» (González-Moreno 1997, 21), de *Tomaré nuevamente la palabra*, poemario cuyo título, en cambio, puede entenderse en clave de superación de la aludida dolencia, al margen de otras lecturas, a la cabeza de las cuales pondríamos la del mensaje de salvación personal mediante la voz poética, una salvación que igualmente conlleva, como es el caso de *El país de la nieve*, la salvación de la memoria de una colectividad.

ESTRUCTURAS DE *EL PAÍS DE LA NIEVE*

El país de la nieve es uno de los más extraordinarios conjuntos poéticos de Antonio González-Guerrero, y hemos de subrayar que el calificativo de extraordinario lo merece tanto por su forma -está elaborado en versículos desplegados de suerte que semejan salmos bíblicos- como por su contenido. La obra consta de dos partes muy diferenciadas. La primera comprende veinte fragmentos, numerados en cifras romanas, en los que el poeta se recrea en la imaginación de eventos primitivos acaecidos, poéticamente, en su tierra, en la nevada geografía leonesa del Bierzo. La parte segunda se reduce a un solo texto, «Cantata en re menor para una despedida», en la que González-Guerrero abandona la prosa poética, y ensaya un adiós al paisaje y a los mitos arcaicos a los que se siente tan unido.

Abundando en la estructura de *El país de la nieve*, señalemos que la disposición final de la misma, tal como ha visto la luz en 1997, difiere ligeramente de cómo estuvo organizada al principio, cuando en 1995 el poeta tuvo la generosidad de permitirme leer la obra, y difiere también de la gavilla anticipada de diez poemas de *El país de la nieve* que su autor publicó en 1996, bajo un título imitado, motivadamente, de Hesíodo, el de *Los dioses y los días*, gavilla que principia y culmina con los mismos

fragmentos con que lo hace la versión de 1995. Añadamos que este grupo de diez textos nos ofrece una curiosa particularidad: su fragmento final, el X, evidencia unas variantes léxicas («tierras edetanas», en vez de «Campos edetanos»; «se destruyeron» en vez de «se derruyeron») (29) que el escritor introdujo en la versión de 1996 respecto a la de 1995, para descartarlas luego para la obra editada dos años más tarde.

MODIFICACIONES

Pero retomemos el hilo de las diferencias observables entre las versiones de 1995 y 1997. Tales modificaciones, repitámoslo, son mínimas, pero procede dejar constancia de ellas aquí, en atención a la historia interna del libro. *El país de la nieve* tuvo y tiene XX fragmentos que constituyen la obra propiamente dicha, pero su versión de 1995, como anticipé, no coincide con la de 1997, y no coincide por tres razones. Primera, porque inicialmente hubo un fragmento que después desapareció, mientras otro incorporado en 1997 no figuraba dos años antes. El fragmento XV del mecanoscrito que conservo, y que empieza «He subido hasta el cingulo del monte», queda suprimido en la forma definitiva de *El país de la nieve*, a la cual agregó el poeta el fragmento que principia «Cuando Athair ese año...», numerándolo como XVI. Segunda, porque la colocación de los fragmentos no solo no es igual en 1995 y en 1997, sino que resulta tan disímil que ningún fragmento conserva su anterior sitio en la serie. Tercera, porque el texto de 1995 no va acompañado de notas, lo que sí sucede en el aparecido en 1997, en el que se han añadido tres. Descritos, *grosso modo*, los cambios, haremos a continuación algunas consideraciones acerca de los mismos.

La obra publicada en 1997 se ha visto enriquecida con respecto a la versión mecanoscrita. Diremos en qué. *El país de la nieve* ha sido mejorado en su contenido, toda vez que el fragmento que se marginó no sólo es más corto, sino de menor entidad poética que el fragmento añadido. También la *dispositio* parece más conveniente, aunque probarlo nos ocuparía demasiado espacio. Bástenos decir, a modo de ejemplo, y nada baladí por cierto, que en 1997 *El país de la nieve* empieza y termina mejor que en 1995. En su primera concepción, tenía un comienzo y un fin más narrativos, en tanto en la segunda y última el poema cobra una dimensión más mítica. Tocante a las notas, las tres están más que justificadas, porque se refieren a aspectos de las costumbres (vestimenta, escritura, actitud del hombre ante el parto de la mujer) de los celtas. Dos de estas anotaciones ya pudimos leerlas, a pie de página, en *Los dioses y los días*.

TEMÁTICA

Desde su vertiente temática, *El país de la nieve* supone la poetización, en estampas sucesivas, de la vida de una colectividad de origen celta en el valle del Bierzo. Pero se trata de un poetizar con clara intencionalidad mitificadora, procurando el autor que los lectores consideren situado en el mito aquello que se nos poetiza, pues no se hace indicación alguna relativa

a la cronología, sino que, por el contrario, la mezcla de épocas y culturas es tan llamativa que, al respecto, se ha observado acertadamente que, en *El país de la nieve*, hay «interferencia de planos temporales y espaciales, en los que convergen divinidades de la mitología greco-romana con valquirias o divinidades nórdicas, bardos célticos, antiguos sacerdotes galos y británicos, mitos de la enigmática Atlántida o algún santo cristiano nombrado expresamente, como en el caso de San Valerio, eremita y abad leonés del siglo VII de nuestra era» (García Pérez, 1996).

En *El país de la nieve* se finge que un antiquísimo berciano está narrándonos la actualidad de su tribu: sus costumbres, creencias, modo de ser y de enfocar las cosas humanas y sagradas. En su poético relato, el narrador menciona objetos, dioses, guerreros, vírgenes, sacerdotes, pastores de aquellos lejanísimos días, paradisiacos e idílicos. Pero dichos tiempos de plenitud, de alegría y de concordia no perduraron. Vino luego el odio a arrumbar la paz, a desunir la estirpe, a devastarlo todo. Desde este prisma, cabe decir que González-Guerrero ha creado una elegía en memoria de una intemporal etapa berciana caracterizada por un mestizaje múltiple, pero que, como en tantos y tantos pueblos, cayó en la derrota de su autodecadencia.

TÉCNICAS

Transmutado en la voz que narra, Antonio González-Guerrero emplea las primeras personas -del singular y del plural- en su valioso esfuerzo por recrear y revivir aquel pasado, ofreciéndonoslo desde un presente intrahistórico. Desde este ángulo, la obra puede ser inscrita en una de las líneas temáticas que se han cultivado en los últimos lustros en la poesía española, la llamada poética de la intrahistoria, una rama de la poesía épica actual en la que procede citar a autores tan cercanos a nuestro poeta como Julio Llamazares, de quien recordamos aquí su libro *La lentitud de los bueyes*, una obra que, al igual que lo hace ahora *El país de la nieve*, había tendido a universalizar la entraña autóctona, y lo había hecho merced al recurso a la memoria, y valiéndose de un lenguaje poético dispuesto en la página del mismo modo que lo ha desplegado González-Guerrero en *El país de la nieve*, un título que también recuerda otro de Llamazares, *Memoria de la nieve*.

En esta línea puede situarse, pues, al poeta de Corullón, que ya la había cultivado con anterioridad, aunque con distinta temática. Recuértese su espléndida *Carta irlandesa*, en la que, a vueltas del hecho histórico de la fracasada expedición de «La armada invencible» enviada por el monarca Felipe II contra los ingleses, González-Guerrero ya había preferido adoptar, frente a cualquier otro, el punto de vista «intrahistórico» del capitán segoviano Francisco de Cuéllar, quien remite dicha misiva al monarca desde Flandes, en concreto desde Amberes, tras no pocos avatares accidentados por latitudes inhóspitas, después de su naufragio ante las costas de Irlanda en el verano de 1588. Pero si en la *Carta irlandesa* la perspectiva épica se iba impregnando de lirismo, a medida que vamos participando de las desventuras de Cuéllar, en *El país de la nieve* la lírica invade lo épico de principio a

fin, transmitiéndonos el autor un lirismo nada fácil, un lirismo sin tópicos melancolías ni sentimentalismos esperables (Fidalgo, 1997), sino una lírica de hondas y acendradas calidades íntimas.

Tras narrar el pasado, González-Guerrero regresa al hoy, hablándonos como heredero del pretérito, como un descendiente de la colectividad desaparecida que lamenta la decadencia de un ayer tribal que fue ejemplar. Diríase que el autor asume la palabra colectiva del valle del Bierzo, desde la arcaica hasta la hodierna, y lo hace como persona individual que también se identifica con el pueblo berciano a lo largo de sus sucesivas descendencias históricas más emblemáticas. En la «Cantata en re menor para una despedida», el poeta ofrece la clave de lectura que descifra el recorrido que acaba de hacer a través de los siglos: el Valle del Bierzo es la tierra de su nacimiento y donde aspira a morir, enterrado en los mismos paisajes donde transcurrieron los días de la civilización primitiva berciana. En esta composición de cierre, González-Guerrero torna a subsumirse fictivamente en la entraña de la tribu ancestral, una tribu que habita en el mito, y a la que se puede acceder siempre por vía mítica, siendo la muerte el camino más seguro para reencontrarse el poeta con los remotos ancestros del Valle.

REFLEXIÓN EPILOGAL

El país de la nieve es uno de los más hermosos e impresionantes homenajes a los lares nativos que se han escrito en las últimas décadas, en las que los motivos de los dioses han estado de gran actualidad. Pero las letras españolas han reincidido casi siempre en reiterar los dioses clásicos del panteón greco-latino, y solo excepcionalmente se ha acudido a otras mitologías. A fuer de apegado a sus parajes propios, González-Guerrero aporta una temática originalísima a la poesía española del siglo XX, la de los dioses nórdicos que, sucedidos por otras divinidades, presidieron un tiempo los días del Valle del Bierzo.

PASIÓN O ANTONIO

Al margen de pretextos inspiradores concretos, la lectura de *Tomaré nuevamente la palabra* nos sumerge dentro de las coordenadas esenciales de Antonio González-Guerrero: las del encendido amor humano y las de la fervorosa creencia en Dios. Pero atravesadas por una característica *sine qua non* que distingue al poeta: la pasión. El penúltimo verso del poema «El cierzo en las vocales», cuyo título recuerda el del conocidísimo poema dedicado por Rimbaud a las «Voyelles», ilustra fehacientemente el rasgo principal de la personalidad de este escritor leonés. Dice así: «Se llamaba pasión o Antonio, que es lo mismo» (29). Y ahora repararemos en las palabras clave que hemos venido utilizando hasta aquí para delimitar el perfil del autor: amor, Dios, pasión, poesía. En verdad, a veces no tiene uno la sensación de estar hablando de un poeta de los ochenta y noventa del siglo XX, de un poeta en el umbral del siglo XXI, sino de un poeta que suena a añejo porque se entrega, con una fogosidad interior hoy insólita, a los dos

ejes o valores en torno a los cuales ha girado secularmente la poesía, y aun la vida: amor humano y amor divino.

Justo en una incardinación en el existir bien ajena a posmodernidades epidémicas reside el sello que individualiza a González-Guerrero, cuya palabra sabe a distinta en virtud de una rancia y poderosa voz, plena de una densa sustancia cordial. Es cierto que González-Guerrero se sitúa en la órbita de la reciedumbre de Victoriano Crémer y de Eugenio de Nora, como se ha escrito cabalmente, pero añadamos que, además, los recuerda por abominar de la poesía que no brota abrumadoramente de la sangre del corazón. Y no extrañen tales vínculos, porque nuestro poeta ha sido lector de ambos, aunque muchísimo más de Crémer, quien durante lustros fue su lectura poética diaria, y nunca ha cesado en su apego al poeta burgalés afincado en León.

Los vocablos y el énfasis de ayer, pero de siempre, utilizados en todo momento con extraordinaria precisión lingüística, y con atinada voluntad de color local y terruñero, tornan a cobrar vida en el verso del poeta, un verso del que, para ser precisos, hay que repetir que está henchido de corazón, y hay que decirlo así, porque no cabe decirlo de otro modo. Y es que debemos valernos de maneras de expresarnos que creíamos olvidadas, pero que González-Guerrero nos fuerza a despolvar, afortunadamente. Claro que, como él mismo reconoce, unos versos así henchidos predisponen a un peligro, el del desbordamiento, el cual debe conjurarse merced a la técnica poética, evitando abrasarse en el incendio versal que es el poema. Y es que, como siente el poeta de Corullón, «o se embrida el verso con decisión, o el poema acabará por devorarnos» (1996 c).

LA PALABRA REAFIRMADA

Tomaré nuevamente la palabra está integrado por trece poemas de factura técnica semejante, ya que todos coinciden en prescindir de la rima, en desplegarse en versos blancos, versos sujetos a un armonioso ritmo que constituye su mejor valía formal. Lo más típico en ellos es, salvo en la composición «El cierzo en las vocales», el empleo casi sistemático del endecasílabo, fórmula que ya se había dado en libros precedentes del autor. El texto más extenso de la obra, «Lola duerme desnuda», suma 91 versos, y resulta también el más variado en el cómputo métrico de sus líneas, pues consta de versos de 7, 11 y 14 sílabas. A tenor de esta breve descripción, se hace evidente el planteamiento artístico tan homogéneo de este conjunto poético de Antonio González-Guerrero.

El poemario debe su título al penúltimo verso del poema final del libro, verso al que sucede el que remata la obra: «por hallarme, mujer, y bendecirte» (64). El poeta vaticina, pues, que su voz poética no va a perderse, sino que seguirá sirviéndole para continuar forjándose, gracias al calor de una mujer que lo ha ayudado a redimir sus días más oscuros. La decisión de proseguir surcando los caminos de la palabra poética es asumida como un ancla salvadora tras los naufragios de las soledades, las

ausencias, las separaciones, las lejanías.

En ocasiones ha sido la muerte la que las ha motivado, llevándose con ella a jóvenes amigos. En otras, ha sido la vida misma y sus circunstancias la que ha causado desencuentros afectivos y distancias amorosas. Una de esas distancias fue ruptura, y la ruptura trajo consigo la caída en el desconcierto interior, y con él la indecisión de la palabra. Desde esta perspectiva, el libro supone un reafirmarse en la poesía tras un tiempo de grises zozobras en el que también soportó el poeta una grave enfermedad, y en cuyo transcurso doliente, como suele acacer en González-Guerrero, solo le alumbraban las luces de los recuerdos, del amor y de la divinidad.

OBRAS CITADAS

- Fidalgo, Helena. 1997. «Antonio González-Guerrero, mitología del recuerdo». *Aquiana* (7 de septiembre).
- García Pérez, Luis. 1996. «La fuerza expresiva del mito en la poesía de González-Guerrero». *Lanza* (26 de julio).
- González-Guerrero, Antonio. 1996 a. *Los dioses y los días*. Málaga: Vizlan y Palmart.
- González-Guerrero, Antonio. 1996 b. *Carta irlandesa*. Málaga: Cuadernos de Poesía «Aquilea».
- González-Guerrero, Antonio. 1996 c. En *El Día* (18 de mayo).
- González-Guerrero, Antonio. 1997 a. *El país de la nieve*. Madrid: Endymion.
- González-Guerrero, Antonio. 1997 b. *Tomaré nuevamente la palabra*. León: 107 de la Colección «Provincia», Instituto Leonés de Cultura.
- González-Moreno, Pedro Antonio. 1997. «La voz del reencuentro». *Bierzo* 7 (24 de agosto).